



EL
APRENDIZ
DE ARTISTA

FRANCESC MARÍ



Click
EDICIONES

Índice

[Portadilla](#)

[Mi historia comienza como...](#)

[Notas](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

Francesc Marí
El aprendiz de artista

Mi historia comienza como... Bueno, mi historia empieza como la de cualquier otro, en el vientre de mi madre, pero no voy a remontarme tanto en el pasado. En realidad, todo empezó en la primavera de 1953. Después de años dedicado al estudio de las leyes —deseo expreso de mi padre, que al fin y al cabo fue el que costeó mi educación—, llegó el momento de emplearme y utilizar todo lo que había aprendido. Pero no fue como esperaba; a pesar del esfuerzo que había hecho mi familia, las cosas nunca son tan fáciles en una ciudad como Londres, y solo conseguí un pequeño empleo de mecanógrafo en un bufete; eso sí, uno de los mejores de la ciudad.

Sin embargo, por mucho que me esforzara, no llegaría a ningún lugar. Tenía los conocimientos, pero no la experiencia, por lo que acabé convertido en algo parecido a un ayudante o un secretario, nada más. Yo, que iba para juez, terminé por saberme de memoria todos los códigos postales del país y parte del extranjero.

Mis padres me consolaban diciéndome: «Por algo se empieza», o «Ya verás como al final se fijan en ti». Yo no quería desanimarlos, pero me temía que si se fijaban en mí fuera para un puesto en el departamento de correos.

Como he dicho antes, todo cambió en la primavera de 1953, y fue cuando pude decir que mi vida había empezado de verdad.

Todo sucedió muy deprisa. Yo regresaba de una de las largas y tediosas jornadas de trabajo cuando mis padres me recibieron entusiasmados..., incluso más de lo normal. Era hijo único, por lo que siempre me sentía acogido en el seno familiar como si fuera una bendición, como mi madre

solía decir. Aunque, en ese caso, el motivo de euforia resultó ser otro.

A sabiendas de que mi trabajo en el bufete no era lo que podría llamarse «perfecto», mi padre —hombre trabajador y con recursos, no económicos, sí de contactos— había empezado a sondear a sus conocidos en el mundo de las leyes por si alguno de ellos tenía o sabía de un buen empleo para su hijo..., es decir, para mí. Y, por cómo me habían recibido en casa, la jugada había tenido algún tipo de resultado, solo faltaba ver cuál.

—¿Qué sucede? —pregunté casi asustado por la actitud de mis padres.

—Tú padre ha conseguido un...

El carraspeo de mi progenitor hizo que mi madre callara. Cuando se emocionaba no podía cesar su verborrea.

—Tienes razón, cariño, cuéntaselo tú. —No fue la aceptación de una orden, sino la concesión de una prerrogativa materna: las noticias, buenas o malas, siempre las daba ella..., excepto en este caso.

—Verás, hijo... —empezó a decir mi padre.

Aquí tengo que explicar que mi padre era un hombre parco en palabras —lo que se compensaba con el exceso de las de mi madre—, pero todo cambiaba cuando tenía que decir algo importante, entonces la explicación se convertía casi en un comunicado oficial del gobierno.

—... cuando nos contaste que no eras feliz con tu trabajo —continuó diciendo—, no pude más que arrepentirme por haberte obligado a estudiar abogacía.

Fui a protestar, a decir que yo lo había escogido, pero mi padre me interrumpió antes de empezar con un simple gesto de su mano.

—Sé que me dirás que fue elección tuya, y, mira qué casualidad, tu elección coincidió con mi deseo... Y ya sabes lo que opino sobre las casualidades y las coincidencias.

Yo asentí; él no creía ni en una cosa ni en la otra.

—Por ese motivo empecé a contactar con mis amigos y conocidos, incluso con algún familiar... —eso sí que era algo extraordinario en mi padre, un hombre que creía que a todos aquellos que vivían más allá de su puerta, como mucho se les podría clasificar como conocidos, a pesar de los vínculos de sangre—, con la intención de encontrar un empleo en el que, aunque fuera muy elevado, tú pudieras sentirte a gusto y trabajar con placer...

La frase terminó en el aire, haciendo que mi madre y un servidor estuviéramos a punto de subirnos por las paredes de la tensión.

—Y... —apuntó mi madre para que su esposo siguiera con su discurso.

Mi padre la miró de reojo y después volvió a dirigir la mirada hacia mí.

—Y, si quieres..., solo si quieres, puedes aceptar un nuevo empleo como secretario personal.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. No había estudiado para ello, pero cualquier cosa sería mejor que seguir pulsando las teclas de una vieja máquina de escribir para una docena de abogados pretenciosos... De esta manera, tal vez, solo lo haría para uno.

—Claro que quiero, papá —exclamé mientras mi madre me abrazaba. Si yo era feliz, ella también lo era...; esto era un sentimiento de alegría compartida que esperaba descubrir cuando también llegara la hora de convertirme en padre.

—Todavía no conoces los inconvenientes de este empleo —dijo sin tapujos mi padre cortando de raíz la emoción del momento.

—¿Tiene problemas? —pregunté desanimado.

—No se lo digas así, querido —le reprochó mi madre.

—De acuerdo, no son problemas..., son «peculiaridades» —aclaró él.

Yo no dije nada, no hizo falta, solo clavé mis pupilas en mi padre para que comprendiera que las quería conocer.

—Tendrías que hablar francés con soltura.

—Sabes que lo hago —repliqué.

—Tendrías que viajar.

—Siempre he querido conocer mundo —me defendí.

—Deberías encargarte de todas las cuestiones de tu jefe, legales o no.

—Para las cuestiones legales he estudiado, para el resto puedo adaptarme.

Mi padre me miró, mejor dicho, me escrutó. Era como si existiera una «peculiaridad» que se guardaba para él, como si no se atreviera a decirla.

—Dime, papá, ¿qué más hay? —pregunté.

—Bueno..., y esto es lo que no me acaba de convencer...

—¡Suéltalo ya, papá! —exclamé alzando la voz.

Mi padre, sorprendido por mi actitud, habitualmente apocada, confesó:

—Trabajarías para un artista.

Al escuchar aquella revelación me quedé sin palabras. No sabía si era algo bueno o algo malo, aunque comprendía por qué no acababa de convencer a mi padre que aceptara aquel trabajo.

—Tienes miedo de que acabe por no pagarme...

—O, peor aún, que lo haga con obras «de arte» —dijo mi padre pronunciando las dos últimas palabras como si hubiera mencionado al mismísimo diablo.

No era que en mi casa fueran unos incultos, pero siempre habían creído que toda pieza de arte debía tener, al menos, cien años de antigüedad. Todos esos «artistas» de principios de siglo, para mis padres y muchos otros, no eran más que gente rica con mucho dinero y demasiado tiempo libre.

Por mi parte, aunque hubiera dedicado mis estudios a las leyes, el arte, como término general, siempre me había interesado. La pintura, la escultura, la arquitectura, la literatura, la música..., incluso la fotografía y el cine, siempre me

habían llamado la atención. Pero el deseo de mi padre de que estudiara una carrera con futuro —para lo que después me había servido— y el hecho de que no nos sobrara el dinero para invertirlo en una supuesta carrera artística convirtieron el arte en poco más que una afición o un capricho de fin de semana en el museo.

—Y ¿para quién trabajaría? —pregunté sin más, aunque con aquella pregunta tal vez podía dar una réplica a mi padre sobre los posibles ingresos en mi cuenta corriente.

Antes de responder, pausadamente, mi padre se llevó la mano al bolsillo de su camisa y extrajo una pequeña nota.

—Frank Shawe —dijo leyendo a través de sus gafas para miopes.

—¿Frank Shawe? —pregunté casi perdiendo el aliento. Mi padre asintió y, al ver mi expresión, preguntó:

—¿Lo conoces?

—Todo el mundo lo conoce, papá.

—Pues no debo ser como todo el mundo —replicó él.

—Y lo que te gusta eso, querido —añadió mi madre con cierto aire de ironía.

Yo no podía creerme que no conocieran a Frank Shawe.

—Frank Shawe es...

No sabía por dónde empezar. Frank Shawe había dedicado su vida al arte, no importaba cuál. Con estudios de ingeniería y arquitectura había diseñado edificios por medio mundo. Se había convertido en un reputado pintor y escultor, pero por ello no rechazaba escribir novelas y poesía, incluso algún que otro guion para el cine. Sin olvidar sus exposiciones de fotografía. Frank Shawe había sido comparado con los grandes..., con los más grandes... Incluso se le había llamado «el Da Vinci del siglo XX».

Con todo eso en mi cabeza miré a mis padres y volví a intentar describir a ese hombre:

—Frank Shawe es un artista universal.

Mi padre enarcó una ceja interrogativamente y mi madre frunció la nariz.

—Es decir, que sabe poco de mucho, y mucho de nada —espetó mi padre.

—Puede, pero sus obras están muy bien valoradas y las vende sin dificultad a gente con mucho dinero. Por lo que...

Dejé que mis progenitores concluyeran mis palabras:

—Por lo que no le debería costar demasiado pagarte un buen sueldo de secretario.

* * *

Frank Shawe era americano, pero había abandonado su patria siendo muy joven: era lo que tenía ser hijo de un diplomático. Y mientras el resto de su familia había regresado a Estados Unidos en cuanto pudo, él prefirió quedarse en Europa. Con el bagaje cultural que tenía por haber vivido en varios países asiáticos y de Sudamérica, un mundo de posibilidades se abrió cuando descubrió Londres, Viena, Barcelona, Florencia, Roma, Venecia y, por último, pero no por ello menos importante, París.

Gracias al dinero que su padre le facilitaba mes a mes a través de giros postales, Frank Shawe pudo establecerse en la Ciudad de la Luz —y el amor—, y mientras estudiaba algo útil para el futuro como era la Arquitectura y la Ingeniería de Caminos, se dejó llevar por la bohemia que se había apoderado de la ciudad, si es que no había nacido en ella.

Lo probó y lo hizo todo, en este sentido no hace falta entrar en más detalles, pero lo más importante de esos años previos a la Gran Guerra es que se hizo un nombre en el panorama cultural y artístico de París. Fue un nombre tan importante que lo salvó en las dos guerras, ya que nunca

dejó muy clara su posición durante ellas. Siempre repetía: «Yo soy la Suiza de Montmartre».

Aunque la primera guerra lo pilló en París, la segunda ya lo encontró en la Provenza, donde siguió a los grandes de los siglos XIX y XX. Vivió en los mismos lugares, bebió en los mismos bares y comió en los mismos restaurantes. Por lo que, cuando llegó la década de los años cincuenta, se había convertido en una parte más del paisaje provenzal, como lo eran los viñedos y los campos de lavanda.

Concretamente, se afincó en un viejo *château*¹ destaralado a las afueras de Saint-Rémy-de-Provence.² Lo suficientemente lejos para que nadie lo molestara, y lo suficientemente cerca para poder llegar a casa tras sus habituales copas de vino. Pero no nos adelantemos...

Después de que mi padre me comunicara la oferta de trabajo que tenía para mí, todo fue muy deprisa. Abandoné el empleo de mecanógrafo, preparé la maleta —pequeña; el viaje era largo y no tenía demasiadas cosas— y me despedí de mis padres en Victoria solo tres días después de que se me ofreciera el empleo.

—No dejes de escribirnos —dijo mi madre.

—Sabes que puedes volver cuando quieras —añadió mi padre.

Claro que lo sabía, pero esta era una aventura nueva para mí, y lo que no quería era volver con el rabo entre las piernas. Si volvía, sería después de haber cumplido con mi trabajo y con otro mejor esperándome.

Con la mente puesta en mi futuro, subí al tren que partía hacia Dover, donde cogería un ferri hasta Calais, para después subir a otro tren que cruzaba Francia de norte a sur y rematar el viaje con un trayecto en un autobús de línea del que no tenía demasiada información, aunque ya averiguaría cómo subir a él cuando llegara a Aviñón.

Con mi pequeña maleta de piel en la mano derecha y una gabardina recién comprada en la izquierda me dispuse

a cruzar dos países y ocupar el lugar que me correspondía como secretario personal de Frank Shawe.

El primer viaje en tren fue corto y tranquilo; no era la primera vez que viajaba hasta la costa. Fue como algún fin de semana con mis padres cuando era pequeño y aquello parecía una gran aventura, a pesar de que no era más que una escapada en familia.

No fue difícil bajar del tren, caminar unos minutos y llegar al puerto, donde me esperaba —no solo a mí, por supuesto— el ferri que me permitiría llegar a Calais.

El barco salió puntual y, aunque el viaje fue más largo y en apariencia más lento —los viajes por mar tienen eso: parece que no te mueves, pero en realidad avanzas más deprisa que la sensación que tienes—, sinceramente tengo que admitir que fue más placentero..., con seguridad fue la mejor etapa del viaje. Como buen hijo de Inglaterra, no era la primera vez que «navegaba», pero siempre había sido en pequeños barcos de recreo sin alejarme demasiado de la costa, estando junto a mi madre o algún amigo. Mi padre no confiaba en el mar. No era que le tuviera miedo, pero sus años en la Armada durante la guerra le habían obligado a ver el mar como un campo de batalla.

Para mí, al contrario que para mi padre, el mar siempre había sido un lugar amable y lleno de placer, tranquilo y ajeno a todo lo que a uno pudiera atormentarle. Apoyado en la barandilla, viendo cómo la costa de mi querida isla se iba difuminando en el horizonte, empecé a cavilar en qué era aquello que podía depararme el futuro, qué podía esperar de trabajar con Frank Shawe —o para Frank Shawe, según se mire—, y en que volvería algún día. Sin embargo, la pasividad de las aguas del canal me hipnotizó, y pronto mis pensamientos empezaron a recorrer otros caminos y otros lares, algunos, incluso, sin un sentido aparente.

Cinco minutos después de la hora prevista —nadie podía controlar el vaivén de las olas—, el ferri atracó en Calais, y, aunque todavía no había empezado mi aventura, es-

trictamente hablando, fue al pisar suelo francés cuando sentí que mi vida tomaba otro rumbo. El olor de la brisa era diferente, los ecos de las voces que se oían en el puerto, también —algo inevitable, teniendo en cuenta que hablaban en francés—, y, lo más importante, parecía que el ritmo al que giraba el mundo se había ralentizado... Era como si en Francia todo transcurriera con mayor tranquilidad que en la City.

Con mi francés de academia, acentuado por mi origen, conseguí que me indicaran dónde podía coger un tren hacia París. La capital francesa, por muy atractiva que me pudiera parecer por todo lo que uno podía vivir y descubrir en ella, no era más que una breve etapa en mi camino hacia Frank Shawe. Muy a mi pesar, había programado el viaje de tal manera que cogería un tren nocturno que partía de París a las ocho de la tarde y que, tras unas largas quince horas de viaje, llegaría a Aviñón.

Compré un billete para la capital y monté en el vagón de segunda que esperaba impaciente a que llegara la hora de partida. Desde mi asiento con ventanilla pude ver cómo los pasajeros se apresuraban a subir al tren y cómo el personal de la estación lo preparaba todo para que esa maravilla de la tecnología —de fabricación francesa, por supuesto— estuviera lista para viajar a una de las mayores ciudades del mundo... De entonces, de ahora y de siempre.

No voy a aburrirle con lo que sucedió en el tren —tampoco es que sucediera nada remarcable—, solo diré que, durante el viaje, comprobé cómo estaban mis fondos —se suponía que cuando llegara a mi destino tendría sueldo, comida y cama asegurados— y decidí que, para mi largo viaje al sur, intentaría hacerme con un puesto en primera clase. Puede que no llegara para un compartimento privado, pero seguro que conseguiría un enorme y amplio butacón en el que el viaje se me hiciera más cómodo.

Bajé del tren en la Gare du Nord, más o menos a la hora —empezaba a olvidarme de que llevaba dos agujas y

una esfera en mi muñeca—, y emprendí mi primera y breve visita a París. ¿Qué vería de la ciudad? Muy simple: todo aquello que estuviera a la vista en mi recorrido en metro entre la Gare du Nord y la Gare du Lyon, donde me esperaba el tren de larga distancia en el que cruzaría Francia, que viene a ser lo mismo que decir casi mil kilómetros, que era poca cosa.

En la Ciudad de la Luz, las primeras farolas se encendían al mismo tiempo que empezaba a anochecer. Aunque no pude ver la torre Eiffel ni visitar Montmartre, me aseguré de impregnarme de aquella ciudad en la que todo era diferente a Londres. A pesar de los pocos años que habían pasado desde la guerra —algo que en mi país todavía estaba muy presente—, los cafés y los restaurantes bullían con algarabía. Hombres y mujeres charlaban entre ellos como siempre lo habían hecho, con una sonrisa en los labios y una copa de buen vino francés en la mano.

Enseguida me enamoré de la ciudad. No me hizo falta más de una hora para comprender lo que la gente decía de ella. Era maravillosa, sobre todo el contraste presente en cada esquina. Al lado de un monumental edificio de estilo clásico, pequeñas construcciones albergaban alguna tienda o algún colmado. Si en un lado se veía el lujo más extremo, el otro tenía el aspecto de la pequeña ciudad que se niega a crecer. Incluso me enamoré de los carteles de estilo *art nouveau*³ que decoraban las estaciones de metro..., sobre todo porque fue lo que más vi, además de las estaciones de baldosas blancas.

«Una pena no poder quedarme», recuerdo que me dije apesadumbrado. Enseguida me animé pensando que no tardaría en visitarla, si bien no lo hice, ya que fue mi primera parada después de... Pero esto ya pertenece al futuro de mi relato; mejor que regrese al París de 1953.

Tras esta breve visita a París —breve pero satisfactoria—, en la Gare du Lyon me encaminé a la taquilla y con un

francés bastante correcto —o eso creía yo— pedí una plaza en el tren de Marsella con parada en Aviñón.

—*Je suis désolé*⁴ —me dijo un pequeño hombre con un bigote como el de Charles de Gaulle, haciendo que me temiera lo peor y tuviera que esperar al siguiente, que no sabía cuándo pasaba. Pero me equivocaba, como me aclaró el hombre—: Solo quedan plazas en primera clase, *mon-sieur*.

Al principio me alegré al oírlo, pero también me ofendí: aquel enano bigotudo creía que no era capaz de permitirme un asiento en primera. Cuando fui a protestar ante aquella supuesta insinuación, me vi reflejado en el cristal que me separaba de aquel hombre. Mi aspecto era desgarbado, iba mal afeitado, con la ropa arrugada y con el pelo pidiendo a gritos un peine.

—¿Me ha oído? —preguntó el hombre cuando yo me quedé con la boca abierta en posición de una protesta que nunca llegó a ser pronunciada.

—Perdone —me excusé—. Estoy cansado del viaje. ¿Qué precio tiene una plaza en primera?

El hombre me respondió, yo hice una conversión rápida entre el franco y la libra, pedí una butaca —como bien había supuesto, no pude permitirme un compartimento, ni tan solo uno compartido—, recogí mi billete y me encaminé al andén.

Cuando llegué a mi sitio, puse mi maleta en el espacio que tenía encima del asiento y me dejé caer en él. La butaca era mullida, se podía reclinar un poco y tenía una enorme ventana con la que poder entretenerme durante el viaje.

En un principio creí que, aunque no pudiera dormir en el asiento, por muy cómodo que fuera este, debería pasar las largas horas de viaje de algún modo, por lo que me aseguré de tener a mano un libro con el que pasar el rato. Pero, en cuanto el tren arrancó y el característico traqueteo

empezó a sacudir los vagones, la modorra se apoderó de mí y ni tan siquiera llegué a abrirlo.

* * *

No abrí los ojos más que para darle al revisor mi billete cuando llegamos a Lyon. Y cuando por fin desperté eran las nueve de la mañana siguiente y el libro seguía donde lo había dejado, en mi regazo.

Cuando desperecé mi cuerpo y mi mente, fui al baño, me lavé como pude y busqué a un revisor para saber dónde estábamos. Una vez que hube logrado localizar a uno — que nunca supe si era el mismo que me había picado el billete durante la noche, algo que me dijo que, realmente, no llegué a abrir los ojos, o al menos no lo hice del todo—, le pregunté:

—¿Cuánto falta para llegar a Aviñón?

El hombre sacó un reloj de bolsillo que colgaba de una cadena del chaleco de su uniforme, miró la hora que marcaba y se frotó la barbilla, pensando.

—En menos de una hora estaremos en la estación — me anunció.

Le agradecí la información y, con la alegría en mi cuerpo, regresé a mi asiento y disfruté del paisaje que podía ver por la ventana. Hacía rato que Francia se había despertado. En los campos observé cómo la gente trabajaba.

Por un momento me imaginé entre ellos, usando las manos para cosechar... ¿Qué cosechaba aquella gente? No tenía ni la más remota idea, por lo que empezaba bien mi imaginada vida de campesino si no sabía ni lo que cosechaba. Reí para mis adentros con la broma y admití que, por mucho que me esforzara, nunca podría vivir en el campo..., al menos si lo hacía como campesino.

Pensando en esto y en aquello, lo que quedaba de viaje se me hizo corto y, cuando quise darme cuenta, el revisor